

CARTA
AL EMINENTISIMO SEÑOR CARDENAL FORNARI

SOBRE EL PRINCIPIO GENERADOR

DE LOS MÁS GRAVES ERRORES DE NUESTROS DÍAS

EMINENTÍSIMO SEÑOR:

Antes de someter á la alta penetración de V. Emma. las breves indicaciones que se sirvió pedirme por su carta de Mayo último, me parece conveniente señalar aquí los límites que yo mismo me he impuesto en la redacción de estas indicaciones.

Entre los errores contemporáneos no hay ninguno que no se resuelva en una herejía; y entre las herejías contemporáneas, no hay ninguna que no se resuelva en otra, condenada de antiguo por la Iglesia. En los errores pasados, la Iglesia ha condenado los errores presentes y los errores futuros. Idénticos entre sí, cuando se les considera desde el punto de vista de su naturaleza y de su origen, los errores ofrecen, sin embargo, el espectáculo de una variedad portentosa cuando se les considera desde el punto de vista de sus aplicaciones. Mi propósito hoy es considerarlos más bien por el lado de sus aplicaciones, que por el de su naturaleza y origen; más bien por lo que tienen de político y social, que por lo que tienen de puramente religioso; más bien por lo que tienen de vario, que por lo que tienen de idéntico; más bien por lo que tienen de mudable, que por lo que tienen de absoluto.

Dos poderosas consideraciones, de las cuales la una está tomada de mis circunstancias personales, y la otra de la índole propia del siglo en que vivimos, me han inclinado á echar por este camino. Por lo que hace á mí, he creído que mi calidad de lego y de hombre público me imponía la obligación de recusar yo mismo mi propia competencia para resolver las te

meras cuestiones que versan sobre los puntos de nuestra fe, y sobre las materias del dogma. Por lo que hace al siglo en que estamos, no hay sino mirarle, para conocer que lo que le hace tristemente famoso entre todos los siglos, no es precisamente la arrogancia en proclamar teóricamente sus herejías y sus errores, sino más bien la audacia satánica que pone en la aplicación á la sociedad presente, de las herejías y de los errores en que cayeron los siglos pasados.

Hubo un tiempo en que la razón humana, complaciéndose en locas especulaciones, se mostraba satisfecha de sí cuando había logrado oponer una negación á una afirmación, en las esferas intelectuales; un error á una verdad, en las ideas metafísicas; una herejía á un dogma, en las esferas religiosas. Hoy día esa misma razón no queda satisfecha si no descende á las esferas políticas y sociales, para conturbarlo todo, haciendo salir, como por encanto, de cada error un conflicto, de cada herejía una revolución, y una catástrofe gigantesca de cada una de sus soberbias negaciones.

El árbol del error parece llegado hoy á su madurez providencial: plantado por la primera generación de audaces herejías, regado después por otras y otras generaciones, se vistió de hojas en tiempos de nuestros abuelos, de flores en tiempos de nuestros padres, y hoy está delante de nosotros y al alcance de nuestra mano, cargado de frutos. Sus frutos deben ser malditos con una maldición especial; como lo fueron en los tiempos antiguos las flores con que se perfumó, las hojas que le cubrieron, el tronco que las sostuvo, y los hombres que le plantaron.

No quiero decir con esto que lo que ha sido condenado una vez, no deba serlo nuevamente; quiero decir tan sólo que una condenación *especial*, análoga á la *especial* transformación por la que van pasando á nuestra vista los antiguos errores en el siglo presente, me parece de todo punto necesaria; y que en todo caso, este punto de vista de la cuestión es el único para el que reconozco en mí cierto género de competencia.

Descartadas así las cuestiones puramente teológicas, he puesto mi atención en aquellas otras que, siendo teológicas en su origen y en su esencia, han venido á convertirse sin embargo, en virtud de transformaciones lentas y sucesivas, en cuestiones políticas y sociales. Aun entre estas mismas, me he visto en la necesidad de descartar, por sobra de ocupaciones y falta de tiempo, las que me han parecido de menos grave trascendencia, si bien he creído de mi deber tocar algunos puntos sobre los que no he sido consultado.

Por los mismos motivos de ocupaciones y de premura, me he visto en la imposibilidad de volver á leer los libros de los herejías modernos, para señalar en ellos las proposiciones que deben ser combatidas ó condenadas. Meditando atentamente, sin embargo, sobre este particular, he llegado á convencerme de que en los tiempos pasados era esto más necesario que en los presentes: habiendo entre ellos, si bien se mira, esta diferencia notable: que en los pasados, de tal manera estaban en los libros los errores, que no buscándolos en los libros, no podían encontrarse en parte ninguna; mientras que en los tiempos que alcanzamos, el error está en ellos y fuera de ellos, porque está en ellos y en todas partes: está en los libros, en las instituciones, en las leyes, en los periódicos, en los discursos, en las conversaciones, en las aulas, en los clubs, en el hogar, en el foro, en lo que se dice y en lo que se calla. Apremiado por el tiempo, he preguntado á lo que está más cerca de mí, y me ha respondido la atmósfera.

Los errores contemporáneos son infinitos: pero todos ellos, si bien se mira, tienen su origen y van á morir en dos negaciones supremas; una relativa á Dios, y otra relativa al hombre. La sociedad niega de Dios que tenga cuidado de sus criaturas, y del hombre que sea concebido en pecado. Su orgullo ha dicho al hombre de estos tiempos dos cosas, y ambas se las ha creído; que no tiene lunar, y que no necesita de Dios; que es fuerte y que es hermoso; por eso le vemos engreído con su poder, y enamorado de su hermosura.

Supuesta la negación del pecado, se niegan, entre otras muchas, las cosas siguientes:—Que la vida temporal sea una vida de expiación, y que el mundo en que se pasa esta vida, deba ser un valle de lágrimas:—que la luz de la razón sea flaca y vacilante:—que la voluntad del hombre esté enferma:—que el placer nos haya sido dado en calidad de tentación, para que nos libremos de su atractivo:—que el dolor sea un bien, aceptado por un motivo sobrenatural, con una aceptación voluntaria:—que el tiempo nos haya sido dado para nuestra santificación:—que el hombre necesite ser santificado.

Supuestas estas negaciones, se afirman, entre otras muchas, las cosas siguientes:—que la vida temporal nos ha sido dada para elevarnos, por nuestros propios esfuerzos, y por medio de un progreso indefinido, á las más altas perfecciones:—que el lugar en que esta vida se pasa, puede y debe ser radicalmente transformado por el hombre:—que siendo sana la razón del hombre, no hay verdad ninguna á que no pueda alcanzar; y que no es verdad aquella á que su razón no alcanza:—que no hay otro mal sino aquel que la razón entiende que es mal, ni otro pecado que aquel que la razón nos dice que es pecado; es decir que no hay otro mal ni otro pecado, sino el mal y el pecado filosófico:—que siendo recta de suyo, no necesita ser rectificada la voluntad del hombre:—que debemos huir el dolor y buscar el placer:—que el tiempo nos ha sido dado para gozar del tiempo,—y que el hombre es bueno y sano de suyo.

Estas negaciones y estas afirmaciones con respecto al hombre conducen á otras negaciones y á otras afirmaciones análogas con respecto á Dios.—En la suposición de que el hombre no ha caído, procede negar, y se niega, que el hombre haya sido restaurado.—En la suposición de que el hombre no haya sido restaurado, procede negar, y se niega, el misterio de la Redención y el de la Encarnación, el dogma de la personalidad exterior del Verbo, y el Verbo mismo.—Supuesta la integridad natural de la voluntad humana, por una parte; y no reconociendo, por otra, la existencia de otro mal y de otro pecado

sino del mal y del pecado filosófico, procede negar, y se niega, la acción santificadora de Dios sobre el hombre, y con ella el dogma de la personalidad del Espíritu Santo.—De todas estas negaciones resulta la negación del dogma soberano de la Santísima Trinidad, piedra angular de nuestra fe, y fundamento de todos los dogmas católicos.

De aquí nace, y aquí tiene su origen un vasto sistema de naturalismo, que es la contradicción radical, universal, absoluta de todas nuestras creencias. Los católicos creemos y profesamos que el hombre pecador está perpetuamente necesitado de socorro, y que Dios le otorga ese socorro perpetuamente por medio de una asistencia sobrenatural, obra maravillosa de su infinito amor y de su misericordia infinita. Para nosotros, lo sobrenatural es la atmósfera de lo natural; es decir, aquello que, sin hacerse sentir, lo envuelve á un mismo tiempo, y lo sustenta.

Entre Dios y el hombre había un abismo insondable: el Hijo de Dios se hizo hombre; y juntas en El ambas naturalezas, el abismo fué colmado. Entre el Verbo Divino, Dios y hombre á un mismo tiempo, y el hombre pecador, había todavía una inmensa distancia: para acortar esa distancia inmensa, Dios puso entre su Hijo y su criatura á la Madre de su Hijo, á la Santísima Virgen, á la mujer sin pecado. Entre la mujer sin pecado y el hombre pecador, la distancia era todavía grande, y Dios, en su misericordia infinita, puso entre la Virgen Santísima y el hombre pecador á los Santos pecadores.

¡Quién no admirará tan grande y tan soberano, y tan maravilloso y tan perfecto artificio! El más grande pecador no necesita de más sino de alargar su mano pecadora para encontrar quien le ayude á remontarse de escalón en escalón hasta las cumbres del Cielo, desde el abismo de su pecado.

Y todo esto no es otra cosa sino la forma visible y exterior, y como exterior y visible, hasta cierto punto imperfecta, de los efectos maravillosos de aquel socorro sobrenatural con que Dios acude al hombre, para que transite con pie firme por el

áspero sendero de la vida. Para formarse una idea de este sobrenaturalismo maravilloso, es necesario penetrar con los ojos de la fe en más altas y más recónditas regiones: es menester poner los ojos en la Iglesia, movida perpetuamente por la acción secretísima del Espíritu Santo: es menester penetrar en el secretísimo santuario de las almas, y ver allí cómo la gracia de Dios las solicita y las busca, y cómo el alma del hombre cierra ó abre su oído á aquel divino reclamo, y de qué manera se entabla y se prosigue continuamente entre la criatura y su Criador un callado coloquio: es menester ver, por otro lado, lo que hace allí, y lo que dice allí, y lo que allí busca el espíritu de las tinieblas; y cómo el alma del hombre va y viene, y se agita y se afana entre dos eternidades, para abismarse al fin, según el espíritu á quien sigue, en las regiones de la luz ó en las regiones tenebrosas.

Es menester mirar y ver á nuestro lado al Angel de nuestra guarda, y cómo va ojeando con un soplo sutil para que no nos molesten los pensamientos importunos, y cómo pone sus manos debajo de nuestros pies para que no tropecemos. Es menester poner los ojos en la historia, y ver la maravillosa manera con que Dios dispone los acontecimientos humanos, para su gloria propia y para el bien de sus elegidos, sin que porque El sea dueño de los acontecimientos, el hombre deje de serlo de sus acciones. Es menester ver cómo suscita en tiempo oportuno los conquistadores y las conquistas, los capitanes y las guerras, y cómo lo restaura y lo apacigua todo en un punto, derribando á los guerreros, y domando el orgullo de los conquistadores: cómo permite que se levanten tiranos contra un pueblo pecador; y cómo consiente que los pueblos rebeldes sean alguna vez el azote de los tiranos: cómo reúne las tribus, y separa las castas, ó dispersa las gentes: cómo da y quita á su antojo los imperios de la tierra, cómo los derriba por el suelo y cómo los levanta hasta las nubes. Es menester ver, por último, cómo los hombres andan perdidos y ciegos por este laberinto de la historia, que van construyendo las generaciones

humanas, sin que ninguna sepa decir ni cuál es su estructura, ni dónde está su entrada, ni cuál es su salida.

Todo este vasto y espléndido sistema de sobrenaturalismo, clave universal y universal explicación de las cosas humanas, está negado, implícita ó explícitamente, por los que afirman la concepción inmaculada del hombre: y los que esto afirman hoy, no son algunos filósofos solamente: son los gobernadores de los pueblos, las clases influyentes de la sociedad, y aun la sociedad misma, envenenada con el veneno de esta herejía perturbadora.

Aquí está la explicación de todo lo que vemos y de todo lo que tocamos; á cuyo estado hemos venido á parar por esta serie de argumentos. Si la luz de nuestra razón no ha sido oscurecida, esa luz es bastante, sin el auxilio de la fe, para descubrir la verdad. Si la fe no es necesaria, la razón es soberana é independiente. Los progresos de la verdad dependen de los progresos de la razón: los progresos de la razón dependen de su ejercicio: su ejercicio consiste en la discusión: por eso la discusión es la verdadera ley fundamental de las sociedades modernas, y el único crisol en donde se separan, después de fundidas, las verdades de los errores. En este principio tienen su origen la libertad de la imprenta, la inviolabilidad de la Tribuna, y la soberanía real de las Asambleas deliberantes. Si la voluntad del hombre no está enferma, le basta el atractivo del bien para seguir el bien, sin el auxilio sobrenatural de la gracia: si el hombre no necesita de ese auxilio, tampoco necesita de los sacramentos que se lo dan, ni de las oraciones que se lo procuran: si la oración no es necesaria, es ociosa: si es ociosa, es ociosa é inútil la vida contemplativa: si la vida contemplativa es ociosa é inútil, lo son la mayor parte de las comunidades religiosas. Esto sirve para explicar por qué en dondequiera que han penetrado estas ideas, han sido extinguidas aquellas comunidades. Si el hombre no necesita de sacramentos, no necesita tampoco de quien se los administre: y si no necesita de Dios, tampoco necesita de mediadores. De